

todas las razones, que me ha conducido a afirmarla.

Por largo tiempo la idea, a veces pasión, de la libertad, ha engendrado las revoluciones de independencia o las de restauración de los derechos del hombre, libertades públicas. Las revoluciones de nuestro tiempo y las que seguirán las inspira la idea, a veces la pasión, de la igualdad. Pero hay ya síntomas de que un nuevo orden social va generándose con lentitud. Se basa en el otro elemento de las tres grandes fuerzas, la fraternidad. Porque ésta ha faltado como elemento moderador en los combates por la libertad y por la igualdad, no ha habido comprensión de los problemas sociales que nos asedian; por tanto no ha podido haber solución de ellos.

En nuestro Continente la habrá. Keyserling vió bien cuando aseguró que en América existe el Orden Emocional en contraposición al Racional del Viejo Mundo. La Fraternidad resultará el nervio de ese Orden Emocional. Y la Fraternidad es la forma impecable del Amor, cuya potencia creadora no conoce linderos. Dentro de este nuevo Orden de humanidad la Filosofía es la sabiduría del Amor, que San Pablo llamó: "la cosa más grande del mundo".

(De *Repertorio Americano*. San José, Costa Rica).

Mi Primera Profesión

Por GEORGES DUHAMEL

SI las proposiciones de la vida, si los azares de la carrera, han parecido distraerme de la audaz y noble profesión que vosotros honráis todos con tanto fervor y que venís a celebrar, reunidos todos, a cada retorno del otoño, me siento tan cerca de vosotros por el espíritu y por el corazón, que me parece cosa naturalísima tomar parte en vuestros debates y, aún, venciendo toda modestia, sentarme en este sitio de que vuestra generosidad me ha hecho magnífico presente.

¿Podría no aprovechar la oportunidad que me es ofrecida para daros las gracias públicamente, para decir en voz muy alta lo que, discípulo fugitivo, debo a vuestras enseñanzas, a vuestras disciplinas, a vuestro trato, a vuestro afecto?

Entre vosotros he crecido y a vuestra luz es como he hecho mis primeros descubrimientos del mundo—los de la adolescencia—, los que modelan un carácter y lo orientan ya para siempre.

Por qué rutas la contemplación nos lleva a la acción, y cómo la curiosidad acaba por despertar la caridad, son cosas que vosotros, amigos y maestros, me habéis hecho comprender a la hora en que el alma, ávida, va siguiendo una huella y una pauta.

Yo sé de las lentas conversaciones a la cabecera de vuestros enfermos. Durante años, yo he

conocido el olor de las salas en que realizáis vuestra valerosa tarea, ese olor del anestésico y de la carne doliente, ese olor cuyo solo recuerdo hace aun palpar mi corazón.

Más tarde, he servido en vuestras filas o a vuestras órdenes. Cien veces, en vuestra compañía, vi cómo luchaba la luz naciente del día con la de nuestras lámparas, a través de la mampara de las salas de operaciones. Hemos combatido lado a lado contra nuestro enemigo común, la muerte.

Vuestro lenguaje es el mismo de mi juventud: yo lo comprendo, lo hablo y me es queridísimo. Cuando Henri Mondor, con voz para mí fraternal, ha dado lectura a su informe, todo me ha sido inteligible, sólo los elogios me han turbado aunque presentados con tan amistosa delicadeza. Y cuando el profesor Gregoire, después de haberse asomado a mi pequeño jardín, ha vuelto a las avenidas de vuestro vasto imperio, con paso fácil le sigo, y me siento enteramente reaprehendido por el espíritu que os anima a vosotros, y hasta se apodera de mí, el deseo de contestar a tal cuestión que se ha suscitado con esa lúcida elocuencia y no estoy ya muy seguro de poder resistir a ese deseo.

Pero no soy yo solamente un testigo de vuestra labor y de vuestro ideal. Llegado a este punto de mi carrera, lo mejor de cuanto he conseguido aprender es a vosotros a quien lo debo. Los maestros de mis años juveniles siguen siendo mis maestros actuales, y siempre, a mis ojos, son los maestros por excelencia. No estoy, pues, como un extraño entre vosotros. Soy siempre uno de los vuestros, uno de los servidores del templo. Así me lo hacéis sentir hoy, una vez más, y debo comenzar por expresaros mi jubilosa gratitud.

Me ha sucedido a menudo, me ocurre aún algunas veces, al pensar en las embriagadoras victorias obtenidas por la ciencia en casi todas sus empresas durante el curso del presente siglo, comparar los éxitos de la cirugía con los que, hablando como Jerónimo Coignard, llamaré las artes mecánicas.

Los maestros ingenieros han inventado, para nuestro asombro, multitud de máquinas cuyos beneficios, bien lo sabemos, dejan hoy a la sociedad más poderosa que nunca y, además, profundamente desconcertada. Estas máquinas, mezcladas a todos los actos de nuestra existencia y aun a algunos de nuestros pensamientos, presentan fallas, imperfecciones y trastornos funcionales. Estas máquinas, llegado el momento, dan signos de gasto y de decrepitud. Acaban por morir y por volver a la nada. Entre esos organismos de acero y nuestros organismos de carne, la imaginación se complace en hallar similitudes. Los mecánicos observan, tratan, protegen y curan a sus criaturas. No se atreven todavía a usar de todo nuestro vocabulario, pero ya emplean, cuando llega el momento, términos que nos hacen meditar profundamente: hablan de diagnóstico y de pronóstico. Mañana posiblemente intentarán apropiarse, al mismo tiempo que las nociones, los términos de etio-

logía, de carencia, de terapéutica, de intervención, ¡qué sé yo cuántos más!

Seducidos por el rigor de las soluciones mecánicas, ciertos espíritus de nuestra profesión gustan de encontrar, en esa cirugía de los mecánicos, una prefiguración de lo que la cirugía humana, según sus deseos, debería ser, en el porvenir.

Una voz secreta me dice que es ésta una ensoñación frívola aún más que temeraria.

Por difíciles que sean, los problemas que nos suscitan los organismos inanimados, se presentan desde ahora como destinados a una solución total. Pensemos en las máquinas familiares que nos rodean y no deploramos demasiado los defectos de estas fabulosas servidoras, no lamentemos demasiado las fallas de su estructura o de su funcionamiento, no perdamos demasiado tiempo en desear el remedio de sus deficiencias: nosotros somos todos lo bastante clarividentes para saber que todas esas imperfecciones se remediarán, que todas esas fallas serán subsanadas muy pronto, que todos los achaques de esas delicadas personas, apenas han sido señalados, suscitan cien triunfantes cirugías. Yo saludo con el conveniente entusiasmo esta ingeniosidad menor, pero no puedo menos de pensar que en los éxitos de las ciencias mecánicas, habrá en lo sucesivo un carácter de feliz fatalidad que para el verdadero investigador, podría motivar un desaliento.

De estos éxitos ineluctables y seductores, los artistas de la materia humana han derivado algunas lecciones sabias. Yo admiro que en estomatología y aun en ciertos problemas de la cirugía de los huesos, en suma, en lo que podría llamarse cirugía mineral, la ciencia que nosotros venimos a honrar aquí, haya llegado, hábil y perseverantemente, a libertar el campo operatorio de las servidumbres y de los caprichos de la vida, a aislarlo en cierto modo del tumulto biológico o, para mejor decir, a limitar, a restringir el determinismo en acción. Y, no solamente, sino que estoy persuadido de que esta aplicación de la regla cartesiana, esta prudente manera de sacar el problema fuera del nudo horriblemente embrollado de las contingencias vitales, es algo más y mejor que una simple táctica: es un método excelente y que aún ha de reservarnos preciosas recompensas.

Pero lo que hace el mérito de vuestro esfuerzo y la grandeza de vuestra profesión—de esta profesión que justamente acabo yo de calificar de audaz—¿no será observar cómo se enfrenta con dificultades que sabemos son infinitas, porque se encuentran en incesante transformación y en renacer incesante?

De todas las ciencias actuales, las de la vida y las ciencias médicas son, sin duda, aquellas en que las reservas de lo desconocido parecen más grandes, más cargadas de sorpresas, de deslumbramiento y de oscuridad. Los problemas a los cuales vosotros, médicos, aplicáis vuestras virtudes y vuestra energía, tienen toda la complejidad de los problemas de la materia y, además, la intimidante perplejidad de los problemas del alma. Bien lo sabéis vosotros, y es un honor que lo sepáis: todo

problema quirúrgico, aun el más elemental en apariencia, incluye un problema técnico del que desborda por todas partes un grave problema moral.

No sois vosotros de los que se empeñan en simplificar atrevidamente los enigmas de la vida; sabéis que tal simplificación no constituye casi nunca una solución verdadera. El éxito que tan liberalmente os ha favorecido no llegará a ilusionaros demasiado. Mejor que nadie, sabéis que ningún triunfo está delimitado y que hay que triunfar todos los días, es decir, muy humildemente recomenzar todos los días.

Pascal decía: "Yo había creído encontrar muchos compañeros en el estudio del hombre y también que era éste el más propio del hombre. Me he equivocado. Son muchos menos los que se consagran a tal estudio, que al de la geometría". De este estudio del hombre de que habla Pascal, y que es el más engañoso si los hay, vosotros habéis hecho el fundamento de vuestra ciencia y de vuestro poder.

Maestros en el arte de prevenir y de curar, lo que fuerza mi admiración cuando pienso en vuestra labor, no es solamente el conocimiento de todo lo ya descubierto, es, además, el meditar en todo cuanto os queda por descubrir, en todo lo que, sin duda, no dejaréis de descubrir en la sucesión de los años y de los días. Así, pues, al mismo tiempo que ante la belleza de vuestra obra, yo me inclino hoy, con respeto y con fe, ante la inmensidad de la tarea que os está encomendada.

(De *Les Nouvelles Littéraires*).

La Democracia es una Concepción del Mundo

Esta notable entrevista del Presidente Masaryk con el escritor checo Carel Capek, puede ser considerada como la síntesis de su pensamiento político y, en cierto modo, como el testamento espiritual del ilustre fundador de la República checoslovaca.

¿COMO formularía usted su argumento más profundo en pro de la democracia?

—¿Mi argumento más profundo en pro de la democracia? Pues es la fe en el hombre, en el valor del hombre, en su ser espiritual y en su alma inmortal; allí reside la verdadera igualdad metafísica. Moralmente hablando, la democracia aparece como la aplicación política del amor al prójimo. ¿Lo que es eterno podría permanecer indiferente ante lo que es igualmente eterno? Lo eterno no podría abusar de lo eterno para hacer presa de él y aplastarlo.